

COMPRE USTED MAÑANA

el núm. 26 de la popular
publicación semanal de

BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS
DE LA PANTALLA

LA NOVELA INTIMA
CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía
del célebre cómico

HAROLD LLOYD (ÉL)

Numerosos datos y fotografías

Regalo de una lujosa postal

Precio popular: 35 cts.

DE VENTA EN TODAS PARTES

La exclusiva de venta de nuestras publicaciones la
tenemos cedida a la SOCIEDAD GENERAL ES-
PAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS
Y PUBLICACIONES, S. A. - Barbará, 16, BARCE-
LONA.-Ferraz, 21, MADRID y Ferrocarril, 20, IRÚN

E. VERDAGUER MOÑERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Núm. 194

25 cénts.



LA VENUS
INTRÉPIDA

por BLANCHE SWEE

LEW CODY, etc.

Filmoteca

de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 194

La Venus Intrépida

Maravillosa producción cinematográfica,
de sugestivo argumento.

REPARTO

Lady Gwendolyn	Blanche Sweet.
Príncipe Marno. . . .	Lew Cody.
Donaldo MacAllan. . . .	Ronald Colman.
Samuel MacAllan. . . .	George Fawcet.
Basilio	Hank Mann.
El detective	Arthur Hoyt.

METRO GOLDWYN PICTURES

Exclusiva de
METRO GOLDWYN CORPORATION
Rambla de Cataluña, 122. — Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
JAMES KIRKWOOD



La Venus Intrépida

Argumento de la película

En Escocia, donde el vértigo del vivir moderno no ha hollado todavía las altivas plantas de la Tradición, alzaba sus muros seculares el castillo de Grayloch, habitado a la sazón por lord Grayle, décimoséptimo y último representante de una casa de intrépidos robles.

Lord Grayle ansiaba tener un heredero, y no fué sin cierta desilusión como vió llegar a su primera hija, lady Gwendolyn Selina Isabel Constanza Grayle, baronesa de Swansfield, de Whitewater y de Craigellen, etc., etc., etc.

—Tiene los ojos y la nariz de los Grayles, mi lord, y ha de ser tan amante de los deportes y valiente como todos ellos—dijo, contemplando a la tierna criatura, de ojos vivarachos y nariz delicada, al padre, la antigua criada de la casa.

Al dar a luz a su hijita, lady Grayle había sacrificado su vida, que se iba extinguiendo por momentos, pero veía acercarse la hora fatal con la serena intrepidez propia de la descendiente de ilustres caballeros que jamás temblaron ante la muerte.

—¡Cuánto siento morirte sin haberte dado un heredero, Alfredo mío! Mas al cabo, acaso sirva

esa niña para que no olvides a quien te amó tan de veras—musitó la enferma.

Y, algunas horas después, se apagó la luz de unos ojos y cesó de latir un corazón.

*
**

Después del fallecimiento de su esposa, lord Grayle dejó a su hija encomendada a los viejos servidores del castillo, y por espacio de diez y ocho años se dedicó a divertirse en los grandes centros del cosmopolitismo elegante; a la sazón, sus poses de gran señor eran la comidilla del *tout Paris*.

Entre el nuevo círculo de amistades de lord Grayle, figuraba en lugar preferente el príncipe Marno, un aristócrata de tan rancios pergaminos como escauálida bolsa, que diariamente había de hacer prodigiosos equilibrios para que no se descubriera la farsa de su posición social.

Privada de la influencia moderadora de los padres, lady Gwendolyn llegó a la adolescencia sintiendo bullir en las venas la impetuosa sangre de los Grayle.

Todos los servidores sentían gran estimación por la dueña y señora de la rica hacienda, y ella a todos quería; inclinándose, sin embargo, su preferencia, por Donald MacAllan, que no era más que un estudiante de medicina perteneciente a la clase media, pero en quien ella veía un caballero al que no aventajaba el más ilustre.

Aquel día, Gwendolyn dirigióse a las caballerizas y en ellas encontró al futuro médico en conversación con el mayordomo.

—¿Qué tal, Donald? ¿Vino usted a ver mis ca-

ballos? ¿A invitarme, acaso, a dar un paseo en su compañía?

—A todo lo que usted quiera, Gwendolyn.

—Pues, a paseo.

El mayordomo mostró a Gwendolyn el caballo que había dispuesto, pero ella rechazó montarlo.

—¿Por qué me ha preparado ese caballo?—le objetó—. ¿No he dicho que saldría a pasear hoy en "Mercurio"?

—"Mercurio" es un caballo muy indómito, milady, y creo que será mejor que salga en él un groom—se atrevió a aconsejar el buen hombre.

—No veo por qué se le ha de dejar a un groom el placer de montar un caballo brioso—replicó vivamente Gwendolyn.

Y como Gwendolyn hacía siempre su voluntad, montó el salvaje cuadrúpedo, que tan pronto sintióse espoleado emprendió una carrera loca a través de la espesura del cercano bosque.

Donaldo, temiendo que la encabritada bestia despidiese a su jinete, que podía encontrar la muerte en aquella aventura, salió volando en su persecución, mas no llegó a tiempo de evitar lo presagiado, y se apresuró a ayudar a levantarse a Gwendolyn, que había sido arrojada por el bruto en—afortunadamente—un rincón en que las hojas muertas de los árboles habían formado un providencial lecho.

Indignada por el papel que le había hecho representar el indómito caballo, Gwendolyn, alcanzándole con gesto amenazador, blandiendo la fusta hieriente, exclamó:

—¡Ya te enseñaré quién soy yo! ¡He de cabalgar en ti aunque me desnude!

Sintióse de nuevo acicateado el animal, y otra vez sus cascos rompieron como un bólido el silencio que olía a pinos del vasto bosque.

Donaldo siguió a Gwendolyn, sobrecogido de terror su corazón, y su padre, que iba de caza por aquellos lugares, los vió cruzar raudos el camino.

Samuel MacAllan, el padre del estudiante, se sentía orgulloso de la digna mediocridad de su vida:



...y se apresuró a ayudar a levantarse a Gwendolyn...

y por eso le parecía que su hijo, al cultivar la amistad de lady Gwendolyn, caminaba por senderos peligrosos. Le llamaría, pues, al orden, en llegando a casa, para evitar el daño que una irrealizable ilusión pudiera causar a su querido vástago.

En tanto, el caballo de Gwendolyn parecía tomar parte en unas carreras refidísimas, en las que se hubiera empeñado en ganar. Estaba tan ciego, que ri tiempo dió a la caballista de detenerlo al borde de un picacho que se asomaba al mar, y los dos cayeron al agua.

Donaldo, que llegó unos segundos después, arrojóse al líquido donde se esforzaba en mantenerse a flote la temeraria doncella, y ayudóla a ganar la orilla a nado.

Gwendolyn, al sentirse protegida por Donaldo, cobró más ánimos, y, como si ro tuviera nada de particular lo sucedido, le dijo, mientras se debatía en el agua:

—¡Bonita mañana se nos ocurrió elegir para tomar un baño!, ¿eh, Donaldo?

—Muy bonita—repuso éste, sorprendido.

Llegó la noche, y con ella la tristeza en el alma de la bulliciosa escocesa que la bañaba en la poesía que le evocaba a Donaldo:

*Duques y marqueses son
hechos por la gracia de un rey;
de Dios el hombre virtuoso
imagen y templo es,
y en verdad, con más frecuencia
en la choza le hallaréis,
que del lujoso palacio
en la mundana altivez.*

Y la soledad en que vivía siempre en el inmenso caserón, empezaba a pesarle como una losa de plomo.

La comida en casa del sercillo Samuel MacAllan no tenía, como en el castillo vecino, la solemnidad de un rito.

Durante la de aquella noche, dijo el padre al estudiante:

—No pongas los ojos en mujer de clase superior a la tuya, muchacho.

—Pero, padre, lady Gwendolyn no se siente en-



Y la soledad en que vivía siempre en el inmenso caserón, empezaba a pesarle como una losa de plomo.

varecida por sus pergaminos, y si yo llegase a distinguirme en mi carrera...

—La familia de ella no te aceptaría nunca, tenlo por seguro.

Sonrió Donald, comprendiendo la buena intención de las palabras de su padre, y la imagen de Gwendolyn le estimulaba a esperar, a tener fe, a estudiar de firme...

La larga ausencia de su padre decidió a Gwendolyn a escribirle. Sentía la necesidad de tenerle a su lado. Ella no era ya una niña, y su compañía y sus consejos aliviarían su melancolía.

Redactó esta carta:

Hace tres años que no te veo, papá de mi alma. ¿No vendrás a pasar a mi lado el día de mi cumpleaños? Recibe muchos besos de tu hija que vive suspirando por verte,

Gwendolyn.

Unió a la misiva una fotografía suya, en que aparecía espléndida de juventud y hermosura, acariciándole el rostro dos primorosas guedejas que partían de la raya del peinado a la garçonne, una garçonne muy gentil.

Al pie de la adorable efigie había la siguiente dedicatoria:

Con todo el cariño de Gwendolyn.

—¿Qué te parece, vendrá?—preguntó la jovencita a la vieja ama de llaves.

—¡Ojalá venga!... Aunque lo dudo. El señor tiene mucho que hacer por esos mundos de Dios—repuso la aludida moviendo compasivamente la cabeza.

Y la carta fué echada al correo.

*
**

Cada día iba siendo más firme la simpatía amorosa que unía a la aristócrata y al médico,

Cierta mañana, hallándose Gwendolyn pescando en el riachuelo que bañaba su espléndida morada, acertó a pasar por delante suyo Donald, y le llamó, para que se detuviera, y corrió a su encuentro.

—¿Sabe usted en lo que estaba pensando en este momento, mirando el agua? Pues, en que si yo me hubiese usted enseñado a nadar el verano pasado, ésta sería la hora en que tendría que serle deudora de la vida en el percance que me ocurrió últimamente.

—¡Bah! ¿Quién se acuerda ya de eso!

—¿Va usted al pueblo, que le veo en traje de gala?

—Al pueblo voy, en efecto; ¿desea usted, acaso, encargarme de algo?

—Yo pensaba ir también; le acompañaré y regresaremos juntos.

Pusieronse en camino, muy contentos uno y otro.

Al llegar a una vuelta de la carretera, desde la que se divisaba un maravilloso panorama, Gwendolyn cogió una mano de Donald, obedeciendo inconscientemente a un impulso amoroso, y al sentir su fino contacto, el médico estuvo tentado de corresponder al ansia de ella, mas reconociendo de súbito que estaba jugando con fuego, apartó la brasa...

Gwendolyn hizo un delicioso mohín, y, a su vez, Donald, sin poder resistir a ello, erlazó la cintura de la dulce criatura, para mostrarle un pintoresco lugar que se divisaba a lo lejos. Ella, gratamente extrañada, elevó sus ojos hasta los de Donald, y acercó lentamente su rostro, ofreciendo anhelantemente sus jugosos labios a la caricia.

¿Podía Donald negarse a la invitación? No, no podía... pero había de poder... y pudo. Si aquello era más que un capricho de Gwendolyn, él no debía probar la miel para sufrir, más tarde, la cruel

privación de ella. Porque él no podía convencerse a sí mismo de que Gwendolyn podía llegar a ser su esposa. ¡Estaba ella demasiado distante de su mediocre condición!

Y así, martirizando el demonio a Donald, siguieron él y Gwendolyn el camino hacia el pueblo.

Después de recorrer varias ciudades, la carta de Gwendolyn alcanzó, por fin, a lord Grayle en Biarritz.

Aquellas cuatro rayas de su hija, y la visión de su fotografía, alegraron tanto a lord Grayle, que le decidieron a regresar a Escocia.

—Mañana saldremos para casa—dijo a su ayuda de cámara, que le seguía a todas partes.

Y al día siguiente, cuando lord Grayle se preparaba para marcharse, el príncipe Marno, que se encontraba asimismo en la playa de moda, recibía un aviso de sus abogados, acerca de la impaciencia de los acreedores. He aquí la realidad:

Sentimos manifestarle que sus acreedores se niegan a prorrogar los pagarés. Han acordado que una comisión de ellos vaya a verle a usted hoy a las tres. Será conveniente aplacarles con algún dinero o al menos con promesas que tengan visos de verdad.

De usted atentos servidores

Clark y Mason—Abogados.

La situación era crítica, pero el Príncipe, aunque no naciera en el Polo, tenía más práctica en frescura que un auténtico esquimal. Fiaba en la Providencia, y ésta, como respondiendo a su invocación, le deparó el encuentro con lord Grayle, que le habló de su regreso a Escocia... y de su hija, enseñándole el retrato de la misma.

—¿Su hija, ha dicho usted?—preguntó, encantado de la delicada visión.

—Muy hermosa, ¿no es verdad?

—Hermosísima... y le felicito. Tiene usted una verdadera joya...

—¿Por qué no va a Escocia a hacernos una visita? Llegaría usted en excelente época para la caza.

—No me desagradaría, se lo confieso. Y no digo que no.

—Será para mí un verdadero placer recibirle en mi casa.

—Agradecido de todos modos, mi querido lord Grayle.

Entretanto, los acreedores, en las habitaciones del Príncipe, buscaban, colectivamente, un acuerdo para hacer efectivos sus créditos.

—Sólo hay un medio—dijo el más quisquilloso de todos—: casarle con una mujer rica.

Y cuando compareció ante ellos el moroso, le intimaron a pagar las deudas, y como él les contestase, con sangre fría digna de un matarife, que no tenía ni un céntimo, le propusieron la solución que habían encontrado, con la que él coincidió, precisamente, pensando en Gwendolyn.

El Príncipe tenía a su servicio, desde hacía varios años, a un sujeto muy original que, sirviendo lo mismo para un barrido que para un fregado, no le cobraba un céntimo... Compensaba su trabajo el orgullo de servir a un Príncipe, la satisfacción de "rozarse" con un noble de tal categoría...

—Basilio—le dijo el aristócrata arruinado—, ve a pedir al criado de lord Grayle, que debe estar preparando las maletas de su amo en sus habitaciones, que te entregue el retrato de lady Gwendolyn que yo acabo de ver y que está en la mesita de centro.

Basilio cumplió el encarguito, y cuando el Príncipe tuvo en sus manos el retrato en cuestión, lo mostró a los acreedores, diciéndoles:

—La hija de lord Grayle es la heredera más rica de Inglaterra, y estoy pensando en casarme con ella. Sean ustedes prácticos, amigos míos, y habilítenme de dinero hasta que se case; de lo contrario, ¿cómo pueden pretender que les pague?



Y cuando compareció ante ellos el moroso, le intimaron a pagar las deudas.

La petición del Príncipe provocó una reunión de sus víctimas, y de ésta resultó la aceptación de aquella, y llenaron de dinero los bolsillos del noble; pero como la prudencia es la virtud de los negociantes, un detective, más sagaz, según él, que

Sherlock Holmes, fué contratado para que se convirtiese en la sombra del arruinado aristócrata.

—Si trata de huir, telegráfíenos en seguida—recomendaron al agente los acreedores.

—Pierdan ustedes cuidado, que a mí no hay quien se me escape—aseguró el interesado.



El sol sonreía alegremente en la mañana del día en que Gwendolyn dió la bienvenida a su padre.

Lord Grayle quedó asombrado ante la mujercita que era ya su hija, y después de una pequeña vacilación, como si temiese que no era ella, la recibió en sus brazos, estrechándola contra su pecho.

—¡Oh, papá! Pensé que no ibas a venir. ¡Qué bueno eres!

—¡Y tú, qué hermosa!

La presencia de lord Grayle causó alegría a la legión de servidores, que, cada cual por su parte, ponían especial cuidado en que lo encontrase todo brillante, impecable.

A los pocos días de hallarse lord Grayle en su castillo, recibióse un telegrama del príncipe Marno, en el que anunciaba su llegada.

Satisfizo a lord Grayle la resolución de su amigo, y dijo a Gwendolyn:

—El Príncipe se sentirá halagadísimo si tú vas a recibirle.

Y ella, por complacer a su padre, fué a la estación, a la que también había llegado el detective, vestido a la usanza del país, ojo avizor siempre.

—Mi padre me ha encargado darle la bienvenida, príncipe Marno, y muy gustosa lo hago en rom-

bre de él y en el mío—le dijo Gwendolyn al darle alcance en el andén.

—Me complace sobremanera el que usted se haya dignado molestarse en venir a recibirme, lady Gwendolyn—repuso el Príncipe—. No le extrañe que sepa su nombre y que la haya reconocido tan pronto, pues lord Grayle me habló mucho de usted y tuve ocasión de ver su magnífica fotografía.

Donald, en un ángulo de la estación, contemplaba a Gwendolyn con el Príncipe, y si tuviéramos que decir si sentía celos o no, nos veríamos en un serio apuro, pues sabido es que él tenía más derecho a creer que la rica heredera contraería matrimonio con mejor partido que el de un modesto obrero... Además, aquella sonrisa que se dibujó en sus labios, no denotaba envidia...

Animóse el castillo con el ingreso de gente nueva o ausente hasta entonces.

Lord Grayle, que al ver a Gwendolyn se había percatado de que tenía ya una hija casadera, dió un balle a fin de presentarla a todos los nobles amigos suyos.

Durante la fiesta, que resultaba lucidísima, Gwendolyn, presintiendo que Donald andaba por el jardín, salió a reunirse con él.

—Salgo para Londres al amarecer y no podía irme sin verte, Gwendolyn—le dijo él, con el corazón y la mirada triste.

—Sí, ya lo sé, Donald; y me vas a hacer una falta inmensa.

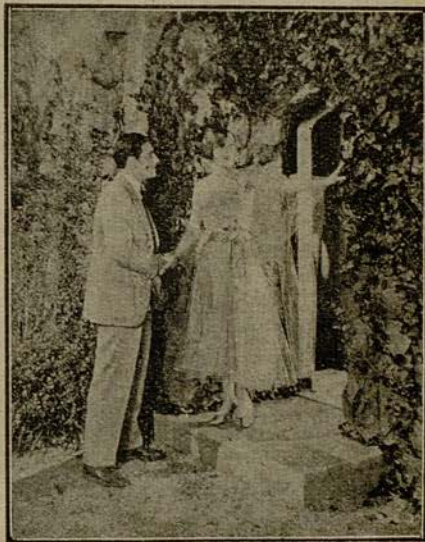
—¿Qué diré yo, Gwendolyn? ¡Todavía no me he marchado y ya querría estar de vuelta!

Se tuteaban. Gwendolyn quiso que Donald le demostrase su buena amistad tratándola como trataría a su novia.

El Príncipe, que viera salir al jardín a Gwen-

dolyn, la sorprendió con Donald, y llevándose al exterior a lord Grayle, consiguió que éste, al ver a su hija con el modesto vecino, fuera a separarlos.

—Nuestros invitados están preguntando por ti, hija mía.



...presintiendo que Donald andaba por el jardín, salió a reunirse con él.

Gwendolyn comprendió la indicación de su padre, e iba a obedecerle, mas, de pronto, siendo por un brazo a Donald, se lo presentó:

—¿No conoces a Donald, papá? ¡Pronto será

todo un señor médico! Mañana se va a Londres para prepararse a los exámenes.

—Sí, ya le recuerdo — contestó lord Grayle—; pero, hija mía, no demores más tu reintegro a la fiesta.

Alejóse Gwendolyn, y entonces, lord Grayle, con reposada entonación de soberbia, dijo a Donald:—

—Lady Gwendolyn le ha dado a usted, a lo que parece, pruebas de especial deferencia. Confío en que tendrá usted el suficiente buen sentido para no interpretarlas en otra forma.

Apareciendo tranquilo, Donald repuso correctamente:

—Estoy muy lejos de ello, señor mío.

Pero, en las primeras horas de la mañana del siguiente día, Donald se vió obligado a desatender las orgullosas indicaciones de lord Grayle. Gwendolyn le había escrito cuatro palabras rogándole que, por temprano que se fuese, acudiese a despedirse de ella.

Gwendolyn espío la llegada de Donald, desde su cuarto, y al verle, envolvióse en una sutil bata, y se reunió con él en el último peldaño de la escalera de mármol de la entrada principal.

—Te agradezco el interés que has tenido en verme a ver, Gwendolyn.

—Ese deseo es muy lógico, Donald... Quería que supieses antes de irte que yo me quedaré aquí pensando en ti y esperándote.

—Me anima creerte, Gwendolyn. Y cuando vuelva, alma mía, tendré una posición... una posición modesta que poco a poco irá engrandeciéndose, porque a tu lado siento que soy ambicioso.

—Sí, Donald, sí.

Había tal acento de sinceridad en las palabras de Gwendolyn, que Donald, ilusionado, cogió una

de sus manos y depositó en ella, con toda la fuerza de su pasión amorosa, un beso que compendia toda su dicha. No osó hacer más. Aquella muñeca de oro le inspiraba atracción y respeto...

El Príncipe, despertándose a aquella hora en que el sol enviaba sus caricias a la tierra, vió, con irregable sorpresa, como Donald se alejaba del castillo volviéndose a despedirse de alguien, de Gwendolyn, naturalmente.

—Ese es listo... pero yo he de serlo más—se dijo, vislumbrando un porvenir sin preocupaciones.

Mientras que Gwendolyn sentía que con Donald se le iba la alegría...

* * *

Meses después estalló la guerra que había de cubrir de luto a Inglaterra por cuatro largos años.

Una dama de la primera nobleza hizo penoso viaje en automóvil para ir a decirle adiós a un oficial de Sanidad.

—; Donald!

—; Gwendolyn!

—Tú no podías marchar a la guerra sin que yo te despidiera. ;Oh! Venceréis, ¿oyes? Tú eres un valiente. Sois todos unos héroes. ;Qué bien te sienta el uniforme! ;Y volverás! Yo rezaré por tu feliz regreso. Te esperaré. Me escribirás, ¿verdad? Tú aceptarás todo lo que yo te mande. ;no es cierto? ;Oh, Donald! El son de las cornetas llena mi alma de no sé qué sentimientos. Es el grito de defender a la patria. Parece que retumba el cañón... que tú llevas a tus hombres a la victoria... que el enemigo no os opone resistencia... ;Oh, Donald, mírame, mírame!

—¡Gwendolyn! ¿Estás sufriendo?

—¡No, Donald! Es que... ¿sabes?... Mis lágrimas... Como te vas... Me quedo tan sola... ¡Oh! Perdona mi debilidad... ¡Donald, Donald!

Raudales de lágrimas arrancaban de los ojos de Gwendolyn; temblábanle los labios y sus manos deseaban estrechar al hombre amado. Donald, que se resistía a la evidencia de la emoción, no pudo más y dejóse caer en la dulce presión de Gwendolyn, que lo besó con frenesí en los labios. ¡Era el triunfo del amor, coronado por el estridente sonido de las notas metálicas! La bandera de la patria y del amor flameaban sobre las cabezas de los enamorados en un supremo abrazo.

El instante de la separación fué doloroso. Recobróse el oficial, y Gwendolyn, esforzándose en hacer lo propio, apretóse de nuevo contra el pecho palpitante de Donald y le siguió con la vista y dirigióle frases de aliento hasta que él se reunió con su padre.

—¡Adiós, Donald! ¡Vuelve pronto! ¡Yo te espero!

Y gritaba, gritaba, sin saber a ciencia cierta lo que decía, tantas cosas eran las que quería pronunciar. Y reía y lloraba a un mismo tiempo, gozándose en su propio dolor en que alternaba la esperanza.

Después de dos años, Donald aprovechó la primera licencia que le concedieron, para volar a Londres con intento de trasladarse de allí a Escocia y ver a su adorada Gwendolyn.

Casualmente, el Príncipe le encontró en la capital inglesa, y como ambos se habían conocido en Escocia, durante una partida de caza en la que se extravió en un bosque el forastero y fué puesto en

el buen camino por el entonces estudiante, le detuvo, y le dijo, felicitándole por su alta graduación en el ejército:

—Ese grado indica cuán brillantes han sido los servicios que ha prestado usted a la patria. ¿Quiere usted aceptar algo en mis habitaciones? Aprovecharé la ocasión para darle una noticia.

Acedió Donald, y el Príncipe lo condujo al hotel en que se hospedaba.

No había olvidado el príncipe Marno el idilio entre Donald y lady Gwendolyn, que era un poderoso obstáculo para sus planes ambiciosos, y creyó llegado el momento de librarse, por un golpe de astucia, de su peligroso rival.

Ya en sus habitaciones particulares, procuró que viese el retrato de Gwendolyn de que se apropiara en Biarritz y que fué mandado por la interesada a lord Grayle.

La dedicatoria: "Con todo el cariño de Gwendolyn", dejó perplejo a Donald, que la atribuía al Príncipe. ¿Cómo era aquello posible?

—No le extrañe que esta fotografía esté en mi poder—le dijo el Príncipe—. Me la mandó ella. La espero en Londres esta semana.

—¡Ah!...

* —Gwendolyn es enemiga de que su nombre ande danzando en los diarios, y por esa razón no hemos hecho público nuestro compromiso de matrimonio.

—¿De modo que...?

—Sí... Pensamos casarnos muy pronto.

Aquella mentira con apariencias de verdad fué para Donald como la revelación de algo insospechado, como si de repente se desgarrase la venda de ilusión que cubría sus ojos desde que Gwendolyn besara sus labios con amor...

Renunció ir a Escocia. ¿Para qué? Pasó en Lon-

dres las dos semanas de licencia, procurando ahogar el dolor del desengaño con la fuerza de su voluntad; pero hallándose en un baile la víspera de su regreso a Francia, encontró en él a Gwendolyn, que fué a su encuentro dando expresivas muestras de alegría, ignorando el mal que le había causado el Príncipe, al que le unía buena amistad pero nada más.



—Sí... *Pensamos casarnos muy pronto.*

—¿Cuánto hace que estás en Londres, Donald? —le preguntó cariñosamente, conteniendo sus grandes deseos de echarse a sus brazos y besarle.

—Unas dos semanas—respondió Donald mirándola friamente.

—¿Dos semanas?... ¿Y no has tratado de verme en todo ese tiempo?

—Más de una vez pensé en ello, Gwendolyn, pero...

Gwendolyn miró atentamente a Donald, y se lamentó de su actitud.

—Entre nosotros se ha introducido algo extraño



—*Más de una vez pensé en ello, Gwendolyn, pero...*

que no acierto a explicarme lo que es, aunque adivino su presencia... Habla, Donald, ¿estás disgustado conmigo?

—¿Yo?... ¿Por qué?... Eres dueña de tus actos y

no cometeré yo la ridiculez de pedirte cuenta de ellos.

—¿Qué quieres decir?

El Príncipe, temiendo ser descubierto su engaño, cortó por lo sano aquella conversación, recordando a Gwendolyn, para llevársela, su compromiso de bailar con él el vals que iniciaba la música.

Y, dolorido, Donaldo desapareció de la fiesta, sin que Gwendolyn pudiera adivinar la doblez del Príncipe.

* * *

Después de dos años más de guerra, Donaldo regresó a Londres, para sentir la tristeza de que la fama y el triunfo que juzgara elementos de su dicha de nada le servían ahora.

En un periódico leyó una roticia que le llenó de amargura. Decía el suelto:

LADY GWENDOLYN VUELVE A CAUSAR GENERAL ASOMBRO CON SUS EXCENTRICIDADES

La impetuosa hija de Escocia sale para Londres después de haber sido durante varios días el tema de todos los comentarios.

Niza-Francia: Lady Gwendolyn Grayle, cuyas enormes pérdidas en Deauville y Montecarlo fueron el comentario de todos, se despidió de Niza después de una vertiginosa partida de bacará en la que perdió más de tres millones de francos.

Antes de embarcar, lady Grayle hizo público su compromiso matrimonial con el príncipe Marno, que se había mantenido secreto a causa del fallecimiento de lord Grayle acaecido hace un año.

La noticia no ha causado sorpresa a las amistades de ambos enamorados...

Y Donaldo, recordando, en medio de su pena, el consejo de su buen padre, también difunto: "No pongas los ojos en mujer de clase superior a la tuya, muchacho", reconocía que habíase equivocado al entregar a Gwendolyn su primer amor...

* * *

Gwendolyn volvió a Londres, donde trató de olvidarse de Donaldo; y de la joven sencilla y modesta de años atrás surgió la mujer a quien habían apellidado "La Venus Intrépida", por cuyas venas parecía correr, con renovado fuego, la sangre tumultuosa de los Grayle.

En realidad, lady Gwendolyn llevaba en el alma una herida de amor, que no confesaba a nadie, ni siquiera a ella misma, y si se lanzaba al vértigo de los placeres era porque en el fondo de ellos creía que encontraría un día la flor del olvido.

El Príncipe ansiaba casarse con Gwendolyn, y le apremiaban a hacerlo los acreedores, que se impacientaban aunque veían que la cosa iba por buen terreno. El detective seguía cumpliendo su "difícil" misión de seguir al novio.

Gwendolyn se había prometido al Príncipe porque éste era su mejor amigo, el que la acompañaba a todas partes, para demostrarle, seguramente, su gratitud por sus asiduidades con ella. No le quería. Amor no lo había sentido más que por Donaldo, cuyo recuerdo brotaba siempre en sus momentos de melancolía...

Desde que Gwendolyn estaba en Londres, Donaldo sentía renacer con más fuerza el anhelo de verla, de hablar con ella, de salvarla del abismo ha-

cia el que la veía rodar, pues nadie ignoraba cómo tiraba el dinero en su loco afán de aturdirse.

Una noche telefoneó a su casa y supo por la vieja ama de llaves, que continuaba a su servicio, que Gwendolyn había salido, con el Príncipe, hacia el *restaurant* de lujo, y allí fué Donaldo a verla, acompañado, pues era de rigor una pareja, de su sobrina, bella *dorcella*, que accedió a complacerle.

Gwendolyn lucía magnífica *toilette* de *lamé* de oro ceñida a su venusto cuerpo, adornada de preciosa cola de encaje. Parecía otra. Sus miradas eran atrevidas y su gesto, descoñado. Donaldo se acercó a ella, cuando el Príncipe iba al vestuario a recoger su abrigo, pues Gwendolyn habíale manifestado su deseo de marcharse a otro sitio, aburrida ya de aquél apenas entrara en él.

—¡Gwendolyn!—exclamó Donaldo, para indicarle su presencia.

Ella volviósese rápidamente.

—¡Qué sorpresa, Donaldo! Es casi casi como ver resucitar a un muerto...—respondió con displicencia, simulando que aquel reencuentro no la inmutaba mucho.

—No tengo el menor derecho para ello, Gwendolyn, pero he de aprovechar esta ocasión para suplicarle que abandone esa vida de verdadero vértigo que lleva actualmente.

—¿Y se puede saber a qué obedece ese súbito interés por mi pobre persona, después de haberme tenido tan olvidada?

—He renunciado a usted, Gwendolyn, pero aun le tengo afecto y me duele verla malgastar la vida de esa manera.

—¡Ah!, ¿sí?...

—No me resigno, Gwendolyn, no me resigno a que siga usted así.

—¡Bah! Por poco se inquieta usted. Los Grayle no hemos sido nunca gentes prácticas. Nos ha gustado siempre derrochar el dinero, la vida... y hasta el alma.

El Príncipe se reunió con Gwendolyn, importándole separarla en seguida de Donaldo, al que salu-



—No me resigno, Gwendolyn, no me resigno a que siga usted así.

dó amablemente, con hábil hipocresía.

Gwendolyn, que no sospechaba la causa de la renunciación que de ella hiciera Donaldo, se complació, entonces, en fingir que amaba al Príncipe.

—Desde luego, usted sabrá que el Príncipe y yo vamos a casarnos en breve.

El Príncipe sonreía. Donald, a pesar de su cordura, crispó los puños como si quisiera descargarlos en aquel hombre que había sabido robarle el corazón de la amada; mas se resignó con su pobre suerte.

La situación pecuniaria del Príncipe iba de mal en peor. Su criado, además de no cobrar sueldo alguno, le ayudaba en lo que podía. Por ejemplo, todas las mañanas se encargaba de llevarle un ramo de flores a Gwendolyn, hurtándolas en los jardines públicos... ¡y en el cementerio!

El Príncipe se enteró de ello, pues Gwendolyn le agradeció su fineza, que él ignoraba, y como lo que a él interesaba era el fin y no los medios, se encogió de hombros. Innegablemente, era un hombre práctico.

Unos días después, en las regatas de Herley, la delicia del sol era como un canto triunfante de la alegría del vivir. Toda la aristocracia londinense se hallaba reunida en la terraza del hotel.

Gwendolyn y el Príncipe, acompañados de varios amigos, se contaban entre los concurrentes, así como Donald y su sobrina. Al verle, Gwendolyn cambió de mesa y fué a sentarse a la inmediata a la que ocupaba él, y le saludó, como a otros conocidos, con su algarabía, a la que Donald correspondió descubriéndose seriamente.

—¿Quiénes crees que ganarán? — preguntó el Príncipe a Gwendolyn, interesándose por la carrera.

—Los de la divisa morada, no hay ni que decirlo; estoy dispuesta a apostar diez mil libras a favor de ellos.

—Hagamos una apuesta más interesante—propuso el Príncipe—: mis posesiones de Italia contra tus diez mil libras; y si pierdes, serás mi esposa mañana mismo.

Gwendolyn, encantándole aquel juego, se volvió hacia Donald, y le dijo, complaciéndose en molestarle, pues a ella le molestaba la presencia de la sobrina, desconocida para ella, que la consideraba



—Desde luego, usted sabrá que el Príncipe y yo vamos a casarnos en breve.

“amiga” o... novia suya. ¡Oh, no; novia, no!

—¿Qué le parece, Donald? ¿Acepto la apuesta?

—Usted verá lo que hace—contestó él, ocultando un íntimo deseo...

Y Gwendolyn vió con dolor, al que se impuso para no descubrir sus sentimientos por Donald, co-

no perdía la apuesta; y brindó por su próximo casamiento con el Príncipe.

*
* *

Una casualidad—en la que Donaldó no tuvo la más mínima parte—descubrió a lady Gwendolyn el verdadero estado de la situación financiera del príncipe Marno; y desde aquel instante las puertas de la heredera de los Grayle se cerraron para el cazador de dotes, al que, odiándole por el engaño sufrido, se aprestó a recibir, cuando osase presentarse ante ella, como merecía.

Y el Príncipe, ajeno a lo que ocurría, fué a verla.

—¿Qué es lo que sucede, Gwendolyn? Desde la tarde de las regatas no he tenido el gusto de verte ni de escuchar tu voz... ¿Por qué te niegas a recibirme?

La abrazó.

—Naturalmente, no te negarás a casarte conmigo, después de haber perdido la apuesta...

Estas palabras dieron la batalla. Gwendolyn separó de sí enérgicamente al Príncipe, y amenazándole con un frasco de esencia, le gritó, indignada:

—¡La apuesta! ¿Qué pudo apostar quien nada tenía?

Fué subiendo de tono y acreció su indignación, acompañada de proyectiles de todas clases, que obligaron al Príncipe a ocultarse en otra habitación:

—¿Dónde están tus posesiones de Italia, dónde tus castillos de Checoeslovaquia? ¡Miserable! ¡Ni en tu título creo, ni en tus rancios pergaminos, no tan rancios como tú!

Acudió la vieja ama de llaves.

—Cálmese, lady Gwendolyn. No se ponga usted así.

—¡Oh, qué cansada me siento de todo y de todos!... Quisiera no sufrir más... quisiera dormirme para no despertar.



—Naturalmente, no te negarás a casarte conmigo, después de haber perdido la apuesta.

*
* *

Pasó algún tiempo más, y al fin ocurrió lo inevitable: refugiada en un lugar solitario de la costa

francesa, "La Venus Intrépida" pagaba con la pérdida de la salud los pasados desvaríos, y allí se enteró, por la voz de un periódico, de que su castillo de Grayloch había sido comprado por un londinense.

—¡Quién pudiera volver allá a revivir, por unos días siquiera, los sueños de ayer! No quiero morirle lejos de Grayloch—dijo a la inseparable ama



—¡La apuesta! ¿Qué pudo apostar quien nada tenía?

de llaves que la viera nacer.

Y la castellana de Grayloch regresó a Escocia, alojándose en la humilde casa que fué morada de Donaldo en otros tiempos. Si moría en ella sería dichosa.

El histórico castillo pertenecía ahora a un hom-

bre que no tenía más nobleza que la del corazón: el mismo Donaldo.

El ambiente donde se deslizara su infancia y su juventud hacía sentir a Gwendolyn con más intensidad que nunca el dolor de su existencia inútil, la desesperación de ver su vida destrozada a la edad en que para otras empezaba a sonreír la felicidad, y en su fiebre llamaba a Donaldo.

Asustada, el ama de llaves decidió acudir al médico y amigo, y mientras Donaldo, con la precipitación que se supone, se dirigía a su antigua casa para consolar a la que nunca dejara de amar, y por la que había triunfado, Gwendolyn, desesperada, huía de la humilde vivienda y sus pasos perdidos la condujeron a aquel lugar desde el que, años atrás, cayó al mar, y Donaldo llegó, también como aquella vez, a tiempo de salvarla. ¡El Destino se recreaba en recordar los días pretéritos! Acaso fuera la obsesión de aquellos días felices la que indujo a la infeliz a intentar suicidarse.

Y algún tiempo después, el émulo de Sherlock Holmes hacía honor a su frase, un tanto jactanciosa: "A mí no hay quien se me escape!", pues conducía al altar al Príncipe, para entregarlo a la novia que los acreedores se habían visto obligados a buscarle para cobrar sus créditos, y que era un tanque con faldas y ura corte de perritos a cual más grotesco.

La marcha fúnebre de Chopin hacía oír sus sentimentales acordes frente a la Iglesia donde se consumaba el sacrificio del pobre Príncipe, precediendo un coche mortuario. La coincidencia no podía ser más desagradable *ni más circunstancial*.

Al mismo tiempo, en una Iglesia de Escocia, Gwendolyn, vuelta a la vida por obra y gracia del

amor, empezaba a ver muy lejanos, muy envueltos en bruma los sufrimientos pasados...

Las volanderas campanas vibraban alegremente.

En el templo, una novia reía... y el galán, arreglándose el lazo de la corbata, para entretener su impaciencia, la besaba con los ojos en las dos hileras nacarinas que la amada le ofrecía al abrir sus labios de grana.

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura gubernativa

PRÓXIMO NÚMERO:

La preciosa novela de gran asunto

Feria de vanidades

Algunos de los intérpretes principales:

Eleanor Boardman, George Walsh,

Mabel Ballin, Hobart Bosworth,

Williard Louis, Harrison Ford,

Earle Foxe, etc.

32 páginas

25 céntimos

Postal-fotografía-regalo

MARION DAVIES